

OTRAS RAZONES

REINADO ESTIVAL DE LA MUJER

En los sitios de moda, el verano se establece con ociosidad de oficio y sin nostalgias de la memoria. Macilenta indolencia de cuerpos jóvenes. Tedio de almas viejas. Chorros de palabras al aire, miradas en busca de otros desengaños, encuentros en la nada, vanidades al desnudo, asomos íntimos, muecas de simpatía a la medianoche. ¡Qué ansiedad de compañía brilla en esos ojos sin cara y en esas piernas sin cuerpo! Sabías en amores perdidos y en roturas de vida de fantasía, las bellas de noche desfilan sus trazas de hermosura. Algo interesante queda, en las sombras como en las calumnias, de sus famas equívocas. Luciéndose, lucen su vacío interior, su soledad atractiva de otras soledades de la misma especie. Sin poner emoción en la naturaleza, sin procurarse el placer de la buena literatura, sin genuinas amistades y sin dialogar con otras visiones del mundo, se aturden en zumbonas colmenas de ostentación y envidia, a tiro de zánganos de panal en una caterva de zangones y machos.

Qué distintas eran aquellas estaciones estivales de la vida romántica. Los hombres tendían a la libertad. Las mujeres, al amor y lo conveniente. La aventura fuera del hogar. El hogar sin aventuras. Qué cerca de los campos verdeantes vivían, en verano, las quietas ciudades de estrechas calles sombreadas y horizonte amurallado. Asuetos de iglesia y feria. Excursiones de madrugada. Fiestas de la noche larga. Donde la libertad se alzaba, con el sol divinizado, sobre la angostura de los valles abrumados de servidumbres. Qué historia la de estas dos centurias de veranos insospechados. De revoluciones políticas con razón. De fantasías sociales sin imaginación. De utopías sentidas como realidad. De restauraciones imposibles. De mareas de liberación y rescasas de represión. Qué azaroso viaje sin destino ni brújula. Y qué rastro de hitos imborrables de libertad y esclavitud, saberes y dogmas, belleza y horror. Qué anchurosos caminos ha explanado la máquina en su adinerada carrera para meter la aventura en casa, liberando a la mujer de lo doméstico; convertir las calles y avenidas en túneles y carreteras, ladeando el placer del encuentro; extender la ciudad al mar y la montaña, poblando de vecinos sus playas y laderas. Dos siglos de urbanización y de novela. De matar tiempos libres, acortar espacios, despertar ilusiones, dormir esperanzas.

Pero todo crece, el universo y la humanidad, a expensas de lo que muere. Y tan natural es una playa salvaje como una montaña urbanizada para vacar en ella. No son más artificiales, sino más bellas y racionales, esas torres de apartamentos sobre el mar de las catedralicias y refrigeradas colonias de termitas en la sabana. Contrariando el ritmo cordial de las estaciones, el momento crucial del estío, su amenaza criminal, no está en el inicio de su decadencia, precursora de las mil promesas otoñales, sino en su temprana llegada, implacable agostadora de los veneros de la vida. Los humores del tiempo entro-

nizan en el mundo de los géneros y edades lo que engendra con primicia la Naturaleza.

A todos nos llega un momento de primicia transitoria en el esplendor o la severidad de la naturaleza. La primavera es para los jóvenes lo que el otoño para los adultos. Y el estío permite a la mujer la expansión interior que el hombre sólo alcanza en invierno. Las vacaciones de verano son, indefectiblemente, para ella. Sobre todo si ya ha pasado de la primera juventud y en sus ojos aún brilla la noche oscura y profunda. Con su aureola solar, la mujer es reina soberana de la acampada estival. Nada importa que en su reino acotado imperie escasez o riqueza, que su andar sea de ama afanada o de hada encantadora. Sin la inquietud de otros modos disciplinados de estar en el mundo, la vida social gira en torno de la hembra fecunda. Sereno de la noche de verano, el hombre deviene a su lado plácida sombra o misteriosa penumbra. Y Titania puede seguir enamorándose de un asno.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

INMIGRANTES: ODIADOS O MIMADOS

Las alambradas cercan el campamento improvisado. ¿Es un campo de concentración de prisioneros? No lo parece, pues no se ven los uniformes de un ejército derrotado y en el interior del clausurado recinto se alojan familias enteras, ciertamente encerradas y vigiladas, sometidas a control en sus entradas y salidas. Afortunadamente no aparenta ser un campo de exterminio, pues no se ven hornos crematorios, mas sí da la impresión de que es un lugar destinado a la prisión y castigo de seres humanos cuya convivencia con el resto de la sociedad resulta altamente peligrosa. No se trata, sin embargo, de delincuentes, sino de personas unidas por el hecho nada delictivo de compartir una común nacionalidad. ¿Dónde estamos, entonces? ¿En la antigua Yugoslavia cruzada por los odios étnicos que atizaron las grandes potencias tras la muerte de Tito? ¿En Afganistán? ¿En el corazón de África agitada por luchas tribales? No, estamos en España y los habitantes del confinado campamento son hombres, mujeres y niños que provenientes de Rumania vinieron a acogerse a la hospitalidad española, a buscar trabajo y alimento en un país «que va bien», huyendo de la miseria que en el suyo produjo el

derrumbe del socialismo, para gozar de las delicias del capitalismo en tierras en que funciona, según dicen, tan esplendorosamente.

La prensa nos ha informado sobre las increíbles peripecias de este grupo de unas trescientas personas, en su duro éxodo hacia la tierra prometida. En una primera etapa se habían instalado en un suburbio de Madrid, alojándose en chabolas. Asistentes sociales les visitaron e incluso se llegó a escolarizar a algunos niños. Pero las autoridades debieron pensar que la comodidad resultaba demasiado exquisita y las atenciones eran excesivas. Llegaron excavadoras que asolaron el paraje y las familias fueron expulsadas. En las cunetas de las carreteras, como último refugio, un niño pereció arrollado. Y algún cerebro luminoso —o quizá toda una constelación de cerebros, un «brain trust»— encontró acogedora solución para los aludidos inmigrantes, los antes descritos campos de concentración en que las familias rumanas han sido divididas y repartidas.

No piense el lector que tan increíble, salvaje historia, es consecuencia de un desconocimiento de las virtudes y hábitos de hospitalidad por parte de nuestras autoridades. Pues, de darse tal carencia, no habríamos podido asistir a la exhibición de generosidad acogedora de que han hecho gala nuestros mandatarios ante la llegada de refugiados albanokosovares, pocos meses ha. La hospitalidad hispana brilló altamente. Su aterrizaje en nuestras tierras fue propalado por la televisión. Se les instaló en adecuados edificios, se les dieron clases de castellano, para facilitar su adaptación; se les ofrecieron puestos de trabajo, realidad nada exuberante en nuestro país. No pretendo, naturalmente, criticar este comportamiento, pero sí la discriminación. ¿Cómo se explica esta actitud de noble favor hacia unos y persecución hacia otros?

Todos los días nos llega la información de los desgraciados que parecen ahogados al zozobrar las pateras en que tratan de alcanzar la tierra «que mana leche y miel», de los que son apresados y devueltos a su país de origen, o encerrados. Los gitanos que trataban de refugiarse en Italia, huyendo de su persecución en el «Kosovo liberado», son rechazados. ¿Quién fue el ingenio o el cínico que proclamó hace dos siglos que «los hombres nacen libres e iguales»? No parece que sea lo mismo para las autoridades españolas, y europeas en general, nacer en Rumania o el Magreb o pertenecer a una etnia gitana, que haber nacido en Kosovo y ser miembro de la etnia albanesa. Se dirá que éstos últimos son víctimas de la represión serbia. En realidad, son víctimas de una guerra civil, en que tras atizarla, las potencias occidentales han intervenido unilateralmente. Pero, sobre todo, habría que formular una pregunta mucho más grave. ¿No son todos, rumanos, magrebíes, gitanos, también víctimas? Víctimas de una vieja discriminación unos, del colonialismo y la actual política económica otros, de las maniobras que hundieron en la miseria a los países del Pacto de Varsovia otros más. Pero semejante reflexión crítica resulta intempestiva cuando la OTAN pretende presentar una imagen maniquea del mundo, en que la bondad es patrimonio de sus súbditos y de sus aliados.

Carlos PARÍS

UN LIBRO PARA EL VERANO

El espía de Moncloa se ha quedado sin vacaciones. Hay tanto trabajo que hacer ante las próximas elecciones generales, que se verá obligado a hacer horas extra. Uno de los encargos que tiene encomendados es el de ayudar a preparar a los hombres del presidente, a los que se ocupan de la imagen de la gestión del Gobierno.

Arduo trabajo el del espía, que no sabe qué hacer para implantar una imagen dialogante y agradable, con un rostro político cautivador que no debe ser incompatible con el cuadro de eficacia de consejo de administración que ha dado hasta ahora el Gobierno. Porque en Moncloa se han tomado la gestión en serio, como debe ser, pero han

extendido la seriedad hasta extremos y lugares donde no sólo no era necesaria, sino que ha resultado contraproducente.

En su desesperación, y como el tiempo apremia, el espía se ha propuesto poner deberes veraniegos a los expertos en comunicación del Gobierno. Con cargo a gastos de formación, quiere contratar una edición urgente de un manual para enseñar las mejores técnicas sobre «cómo ganar amigos» y repartir a los monclovitas un ejemplar. A la vuelta de vacaciones tendrán que incorporarse con el libro leído, subrayado y entregar un comentario sobre la materia estudiada.

JUAN BRAVO

